

EN EL  
**UMBRAL**  
DEL ARTE

Orígenes de la carrera  
de Alfonso López Monreal

SOFIA GAMBOA DUARTE





# EN EL UMBRAL DEL ARTE

ORÍGENES DE LA CARRERA DE ALFONSO LÓPEZ MONREAL



# EN EL UMBRAL DEL ARTE

ORÍGENES DE LA CARRERA DE ALFONSO LÓPEZ MONREAL

Sofía Gamboa Duarte



*En el umbral del arte.*

*Orígenes de la carrera de Alfonso López Monreal*

SOFÍA GAMBOA DUARTE

Zacatecas, 2020

ISBN 978-607-8710-09-6

Dirección general

JUDITH NAVARRO SALAZAR

Dirección editorial

ANITEY ÁVILA CUÉLLAR

Vinculación estratégica

ANA KAREN ORTIZ PLACENCIA

Imagen de cubierta

ALFONSO LÓPEZ MONREAL

*Pálido gesto de sombra* (detalle), 2008,

encáustica sobre tela, 37x28.5 cm, colección particular

© SOFÍA GAMBOA DUARTE

© Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas»

Proyecto beneficiado por PROFEXCE 2019

200 ejemplares impresos en México

# ÍNDICE

PRÓLOGO 13

INTRODUCCIÓN 17

RAÍCES DE UNA TRAYECTORIA ARTÍSTICA 21

SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX EN ZACATECAS, MÉXICO 23

UNA DECISIÓN DE VIDA 45

EL COMIENZO PROFESIONAL 51

ESTILO ARTÍSTICO 63

NOTAS 67

DOSSIER 71



*A Sofi, Helena y Tristán*



*A Alfonso López Monreal,  
por la infinidad de viajes a través del tiempo y de su obra  
para completar la historia de su vida y el análisis de su  
estilo artístico. Este libro solo muestra el comienzo.*

*A Gloria López Monreal,  
por su amable colaboración, siempre disponible.*

*A Ernesto Lumbreras,  
por su atenta lectura, su meticuloso análisis y  
sus gentiles palabras para esta edición.*

*A mis papás: Sofía y Chito,  
por su permanente apoyo en cada uno de mis proyectos.*



# PRÓLOGO

Giovanni Boccaccio escribió una de las primeras biografías del autor de la *Commedia*; la tituló *Trattatello in laude di Dante*. En efecto, se trata de un volumen breve en el que el escritor de *El Decamerón* recapitula la travesía terrestre del poeta florentino al tiempo que comenta sus obras literarias y filosóficas, demorándose, por supuesto, en su poema inmortal.

Como género literario, la biografía alcanzó en la pluma de Seutonio su carta de naturalización. Siglos después, Giorgio Vasari entregaría a la imprenta *La vida de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos, de Cimabue hasta nuestros días*. Al lado de los diarios, las autobiografías y las correspondencias, la biografía es un género que disfruto incluso más que las obras de ficción y de reflexión.

Lectura de un hedonista, sí, de un curioso impertinente, de un *voyeur* que se asoma por las ventanas indiscretas. La vida de los otros discurre en esas páginas. Literatura de materiales íntimos que de pronto interesan al mundo. Espejo de la subjetividad que en sus recuentos totales ilumina los rostros —una multitud sinfónica— de la condición humana.

En el ámbito de la pintura mexicana, entre piezas del pasado inmediato, recuerdo con placer la lectura de *Diego de Montparnasse*, de Olivier Debroise, *Se busca un alma: retrato biográfico de Francisco Toledo* de Angélica Abelleyra o *Remedios Varo. El hilo invisible*, de Magnolia Rivera y José Antonio Gil. Lo privado y lo público de la vida de un artista, en este tipo de libros, borran sus fronteras.

El autor se vuelve un detective, un historiador, un crítico de arte y un escritor; recoge testimonios y documentos para confrontarlos con la obra; lee a contraluz y con rayos X un cuadro o un grabado; lo desmonta figura a figura, trazo a trazo, color a color; lo reconstruye de memoria. El trabajo de Sofía Gamboa se instaura en esta vertiente de múltiples asedios.

En *El umbral del arte. Orígenes de la carrera de Alfonso López Monreal*, se reconoce el dibujo a varias bandas de una vida y una vocación. Asumida como una primera entrega, la biografía del pintor zacatecano se antoja ya en sus siguientes capítulos —incluida la capital residencia en Irlanda— hasta llegar a los días presentes. La recreación del entorno familiar, la rama de los López y de los Monreal, del barrio y sus personajes, de la recoleta ciudad de Zacatecas de los cincuenta y los sesenta devendrán, según la perspicaz lupa de Sofía Gamboa, en temas y obsesiones, sedimentos de vida que trasladarán su dominio al papel y a las telas como exorcismo a veces, y en otros momentos a manera de anclajes de la identidad cultural.

Despertares de una vocación, la búsqueda de los primeros maestros, las tramas del oficio desde las coordenadas técnicas, pero también a partir de los sedimentos de la tradición artística. La autora ofrece el dato biográfico, y al mismo tiempo —sustancia de mucho mérito en el volumen— incorpora apuntes de crítica y de historia del arte con lo cual se redondea la faena. Página a página nos devela una sensibilidad curiosa e inquisitiva que va descubriendo su visión de mundo.

Con luces y entendimientos, con perspectiva y seducción, Sofía Gamboa entrevista a cercanos del pintor, incorpora sus testimonios al retrato múltiple que está bosquejando. Por supuesto, la voz y la memoria de Alfonso López Monreal se suma a esta reconstrucción de su propia infancia y juventud

por las escuelas y academias zacatecanas para luego proseguir por aires más propicios. Sus años en la Universidad Autónoma de Guanajuato, donde cursa la carrera de Arquitectura; el clima cultural de la ciudad reafirma la vocación del pintor, listo para emprender el periplo europeo en las siguientes décadas.

Para los años sesenta y setenta, la Generación de la Ruptura (o de las Rupturas, pues, según mi opinión, son varias y de distinto talante) marca los discursos visuales de los artistas emergentes. El peso de la llamada Escuela Mexicana de Pintura se ha atemperado y el tiempo mismo ha colocado a cada quien en su lugar. La experimentación de los lenguajes artísticos va más allá de la dicotomía abstracción–figuración. El alza mercantil y mediática del arte pop norteamericano replantea conceptos y a la misma tradición. La carga política de estas dos décadas interpela las propuestas pictóricas y gráficas de los artistas.

En tal contexto, el joven Alfonso López Monreal vela y perfecciona sus armas, amplía su conocimiento de técnicas plásticas, identifica las inevitables y necesarias simpatías y diferencias de lo que se expone en las galerías de Guanajuato y de la Ciudad de México; poco a poco, tanto en la obra plástica como en la gráfica va inventando su estilo. Surge entonces de la realidad invisible, *la luz no usada* de todo auténtico creador.

Cumplido su tiempo en México, López Monreal se traslada al viejo continente. En esa larga estancia, Stanley William Hayter lo recibe en el Atelier 17 de París, por donde han desfilado varias de las figuras estelares del arte moderno. En la capital francesa, coincide con varios artistas mexicanos que apenas si lo saludan. ¿La vana presunción de los capitalinos? La excepción de tales desencuentros es José Luis Cuevas, a todas luces la figura más glamorosa de los rupturistas, con quien mantendrá desde aquel entonces una relación amistosa.

Sobre tal periodo Sofía Gamboa comenta varias piezas que el zacatecano ejecuta y expone. Para la década de los ochenta, el artista domina varias técnicas en la pintura, la gráfica, la cerámica y la escultura. En esta etapa, Alfonso López Monreal posee un estilo en el que alterna las atmósferas y las tonalidades de la abstracción en concordancia con las líneas de su dibujo, matriz de seres de diversa flora y fauna que la raza humana guarda y multiplica.

Por supuesto, estas proezas del genio no se dieron de la noche a la mañana; las páginas del presente libro dan cuenta pormenorizada de dicha travesía, acompañada de un análisis minucioso y de amena lucidez. Toda una invitación al viaje.

ERNESTO LUMBRERAS  
Zapopan, Jalisco, marzo de 2020

# INTRODUCCIÓN

Alfonso López Monreal nació el 3 de octubre de 1953 en la ciudad de Zacatecas; fue uno de los estudiantes más jóvenes en el antiguo Instituto Zacatecano de Bellas Artes, donde inició su formación técnica en el estudio de dibujo y pintura. En 1968, se mudó a Guanajuato para estudiar la preparatoria y la licenciatura en arquitectura, disciplina que ha influido en sus propuestas de arte urbano y a partir de la cual inició su carrera formal en las artes plásticas, siendo aún estudiante, a los 20 años de edad.

De 1976 a 1979, estudió y trabajó como maestro impresor en París con William Hayter en el prestigiado Atelier 17. Entre 1979 y 1981, trabajó en Barcelona, en el taller de Pascual Fort y como profesor en la Escuela Massana, Centro de Arte y Diseño del Instituto Municipal de Educación de Barcelona; en esa misma ciudad se asoció con Albert Reich para abrir un taller de impresión y venta de obra que denominaron: El Tercer Taller, donde conoció a los más importantes artistas de la región como Antoni Tàpies, Josep Guinovart, Albert Ràfols–Casamada y Rafael Canogar.

En 1981, Alfonso Monreal regresó a su tierra; con todos los conocimientos adquiridos en Europa, inició los Talleres de Artes Plásticas en la Universidad Autónoma de Zacatecas y fundó el Taller de Gráfica en el Museo Francisco Goitia con la primera prensa de grabado que hubo en el estado, donada por Bellas Artes y que él mismo, junto con el arquitecto Álvaro Ortiz, director del Museo Francisco Goitia en aquel tiempo, fueron a traer desde la Ciudad de México. Ese mismo año participó arduamente en la integración y fundación del Museo Pedro Coronel con este artista,

también zacatecano y fallecido poco después. El taller de la UAZ continúa ofreciendo su servicio al público hasta hoy.

En 1982, Monreal se trasladó a Castledawson, Irlanda, donde trabajó el grabado con técnicas del siglo XVI en los talleres de Belfast y Dublín. Recibió la beca «Artista en residencia» como grabador, otorgada por el gobierno de Irlanda en dos ocasiones consecutivas, 1986 y 1987. Fue profesor en la Escuela Nacional de Dublín (NCAD), de 1986 a 1991, profesor en la Universidad de Ulster, Irlanda, de 1988 a 1991, y External Examiner del gobierno de Irlanda. Entre 1991 y 1994 fue director artístico del Belfast Print Workshop entre 1995 y 2004; así como del Taller de Dublín de 1995 a 2004.

En 1995, Alfonso y un grupo de artistas fundaron los Queen Strett Studios en Dublín. Después de recibir los más importantes reconocimientos en las artes de aquel país, regresó definitivamente a Zacatecas y trabajó tenazmente en el proyecto del Centro Cultural Ciudadela del Arte, espacio angular en el centro de la ciudad donde abrieron sus puertas la cineteca y la fototeca, además del Museo Manuel M. Ponce y la Sala Antonio Aguilar, además de varias salas para exposiciones temporales.

Monreal fundó el Núcleo ISSSTEZAC de Cultura, NIC, con talleres de pintura, grabado, cerámica, literatura y yoga, desde donde emprendió importantes proyectos en la historia del arte local que incluyeron la formación, investigación y difusión de las artes. Permaneció como director y docente compartiendo sus conocimientos con adultos, jóvenes y niños hasta 2015.

El trabajo de Alfonso López Monreal incluye óleo, encaústica, grabado, cerámica, escultura y técnicas mixtas de mediano a gran formato, así como obra pública de arte urbano principalmente en México y en Irlanda, entre la que destacan: *Los conos*, *espacio escultórico en homenaje a Pe-*

*dro Coronel (2001) e Íconos del pasado, homenaje a Refugio Reyes (2005). En el 2013, Monreal festejó sesenta años de vida y cuarenta de trayectoria con una exposición de obra reciente en el Museo de Arte Abstracto Manuel Felguérez.*



# RAÍCES DE UNA TRAYECTORIA ARTÍSTICA

En este libro se expone el contexto cultural en la formación de Alfonso López Monreal desde su infancia hasta su residencia en París; es decir, todas las influencias recibidas por el autor desde los primeros acercamientos a la actividad artística en su ciudad natal Zacatecas, México, hasta su entrada profesional en el mundo del arte internacional en la cuna de las vanguardias a principios del siglo pasado. Contiene información sobre el desarrollo personal, profesional e intelectual de Poncho, como le llamamos familiarmente, entre los años 1953 y 1979, concerniente al estudio de técnicas, estética, historia y teoría del arte; así como las influencias sociales, culturales, ideológicas, políticas y económicas que recibió en tres países: México, Estados Unidos de América y Francia.

El libro concluye con la determinación de su traslado a Barcelona, importante centro del arte en aquellos años y pieza fundamental en posteriores decisiones en la vida del artista.

En los siguientes apartados se ven las distintas influencias recibidas por Poncho en su casa materna con el taller de zapatería de su abuelo y su incursión en el dibujo, pintura y grabado durante la infancia y juventud en el Instituto Zacatecano de Bellas Artes y años después en la ciudad de Guanajuato, durante la realización de estudios en educación media y superior en la carrera de arquitectura, entre 1971 y 1976. Este primer alejamiento le permitió al joven crear sus

propios medios de subsistencia a partir de su trabajo como dibujante, así como entrar en contacto con una biblioteca especializada en historia y teoría del arte, a partir de la cual sus inquietudes estéticas tomaron sentido con reflexiones de importantes teóricos y creadores como Gillo Dorfles, Rudolf Arnheim y Vasili Kandinsky.

El contacto con estudiantes nacionales y extranjeros provistos de una cultura rica y amplia en las diferentes disciplinas artísticas, así como el descubrimiento de nuevas obras musicales y literarias a través de conversaciones y tertulias diarias entre amigos, fueron conformando un sólido acervo cultural que amplió los horizontes e intereses de Poncho en los ámbitos tanto personal como profesional. Los conocimientos técnicos y teóricos en lugares especializados, como talleres, aulas y bibliotecas, que ofrecía la Universidad de Guanajuato, le hicieron ver con claridad que las artes visuales era la carrera de su vocación y abandonó la arquitectura para seguir el llamado a su realización personal.

Después de una breve estancia en los Estados Unidos de América, Poncho voló a París, donde tuvo la oportunidad de asimilar un profundo aprendizaje con William Hayter, en el Atelier 17, durante los años de 1976 a 1979, época en la que obtuvo firmes conocimientos en grabado, y, además, el trato cotidiano con los artistas más importantes de la gráfica de aquel tiempo. A partir del trabajo directo con aquellos artistas, Poncho aprendió lo más valioso para un creador: diversos modos de creación, hábitos, habilidades, conocimientos prácticos y fundamentos teóricos.

El artista comenzó así una búsqueda de su propio lenguaje a partir de los procesos creativos empleados por Hayter, y con el perfeccionamiento en las técnicas de impresión comenzó una rica producción personal con la que se dio a conocer en otros países y que le abrió las puertas del mercado internacional en el que se encuentra actualmente.

# SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX EN ZACATECAS, MÉXICO

Alfonso López Monreal nació en la ciudad de Zacatecas en la casa numerada con el 7, ahora 110, de la calle Juan de Tolosa, en uno de los más arraigados barrios de la capital, el 3 de octubre de 1953. Por la parte trasera de su hogar corría el Arroyo de la Plata a veces con tanta fuerza que Poncho lo vio arrastrar burros hasta perderse bajo el majestuoso edificio de la Catedral, en las catacumbas, donde se abría una gran caverna que despertaba la ilimitada imaginación de los niños. Actualmente todo está embovedado y circulan vehículos en un sentido contrario al del cause original del río.

El artista fue bautizado con los nombres José Alfonso, en los brazos de sus padrinos Ezequiel Haro y Carmen Rodríguez de Haro por el sacerdote Ezequiel Herrera, según el acta de bautismo que el propio autor conserva.

La celebración religiosa fue en la parroquia del Sagrario, conocida por los lugareños como templo de Santo Domingo; se trata de la emblemática edificación realizada por los jesuitas en el siglo XVIII frente a la plaza de Santo Domingo, donde la inquisición ejecutaba las sentencias de los condenados a los azotes públicos y a la hoguera. En este hermoso templo con retablos originales de la época colonial, el pequeño Poncho realizó las funciones de

monaguillo durante su infancia y comenzó su alejamiento de los dogmas religiosos.

Aquella vivienda, antes mencionada, albergó al artista los diez primeros años de su existencia. Una de las anécdotas más antiguas sobre el pintor es relatada por la licenciada Irma Dueñas, vecina cuyo domicilio se encontraba en la acera de enfrente. Ella recuerda cómo el pequeño Poncho aún usaba pañal cuando su mamá lo forzaba a entrar en casa a la hora de la merienda y él, en el preludio de sus primeros pasos, gritaba: «¡Si no me dejas salir me mato!».<sup>1</sup>

El pintor conserva una fotografía de su familia completa, realizada a finales de 1947 en la cabecera del municipio de Sombrerete, Zacatecas, donde se encontraba la casa de los abuelos maternos, Ismael Monreal García y Josefa Puente Herrera. En la imagen aparecen los hijos del matrimonio Monreal Puente con sus respectivos esposos e hijos.



Fotografía de la familia del pintor, finales de 1947 en Sombrerete, Zacatecas, México, archivo de Alfonso López Monreal, en adelante AALM.

De izquierda a derecha en la primera fila de arriba hacia abajo se ven Martha Monreal Puente, Felipe Monreal Puente, Ernesto Monreal Puente, Raimundo Ontiveros (esposo de Raquel Monreal Puente) y Saúl Monreal Puente. En la siguiente fila hacia abajo están Ismael Monreal (abuelo del artista), un sacerdote amigo de la familia, Ismael Monreal Puente y José Hernández Breseda (esposo de Eva Monreal Puente). En la tercera fila se ven Magdalena Monreal Puente, Eva Monreal Puente, quien lleva en sus brazos a Reinaldo Hernández Monreal, María Dolores Monreal Puente (mamá del pintor) con Ana Grisela López Monreal, Josefa Puente, Aurora Maldonado (esposa de Ismael Monreal Puente), Raquel Monreal Puente, Julia (esposa de Saúl Monreal Puente) y Eva Martínez (esposa de Ernesto Monreal Puente), quien sostiene a Ernesto Monreal Monreal. En el suelo se encuentran María del Refugio Monreal Puente, Cristina López Monreal, María Auxilio Hernández Monreal, Guillermo López Monreal (hermano mayor del pintor), José Gerardo Monreal Maldonado, Aurora Monreal Maldonado, Raimundo Ontiveros Monreal, José Fernando Ontiveros Monreal, Rosalinda Monreal y Saúl Monreal.<sup>2</sup>

Todos los recuerdos del barrio son representativos para el pintor porque ahí se forjaron las primeras imágenes de su memoria y se imprimieron nítidas experiencias en su joven espíritu que más adelante irán saliendo sin interrupción a lo largo de toda su obra. En este suburbio vivían los chinos y estaba la zona militar, también colindaba con el barrio más antiguo y peligroso de Zacatecas, La Pinta, donde brillaban como sirenas de patrullas las ventanas de El Beto's y de La Juliana, burdeles cuyo intermitente destello carmín se podía ver desde el comedor de la familia López Monreal.

La Pinta era el límite de juegos y de la vida misma para los niños, quienes observaban atemorizados la casa de los militares cuando debían pasar frente a ella porque siempre parecía abandonada, misteriosa y amenazante, pues en su

interior alojaba la cárcel para varones. El ambiente social de entonces fue marcado por la última fase de la Guerra Cristera, en la que participaron muchos zacatecanos y el pueblo entero vivió sus consecuencias sin importar cuánto apego a la religión se tuviera. Hoy, el bello edificio del siglo XVI, construido por uno de los conquistadores del territorio, fue restaurado y es la sede del Centro Regional del Patrimonio Mundial de Zacatecas.

Entre los cristeros más fervientes destacó la singular Juana Gallo, célebre personaje zacatecano que inspiró un corrido y un largometraje realizado en la época de oro del cine mexicano en 1961, dirigido por Miguel Zacarías, con fotografía de Gabriel Figueroa y la interpretación de María Félix. La popular mujer pasaba frente a la casa de Alfonso todos los días, sentía mucho cariño por el abuelito del pintor porque compartían el mismo gusto por las bebidas bienhechoras y estimaba al niño por el afecto a su abuelo. Don Luis B. López instituyó en casa la tradición del tequila a las 13:30 horas ganándose con ello el afecto de los borrachines y uno o dos solían llegar con cualquier pretexto en cuanto el reloj anunciara la primera hora después del mediodía.

A pesar de que los niños le temían a Ángela (nombre de Juana Gallo) por su brusca y altisonante manera de hablar, incluso una vez le dio un bastonazo a una de sus hermanas, Monreal la recuerda con afecto: «Todos los días traía una canasta con cosas para vender y a mí siempre me regalaba un dulce, un tamal o cualquier cosa; por eso nunca le tuve miedo».<sup>3</sup>

Cuando la muerte alcanzó a la popular mujer, fue la última ocasión en la que se le vio pasar por la calle Juan de Tolosa, esa vez acompañada por un ostentoso cortejo fúnebre encabezado por el gobernador de aquel tiempo, Panchito García (padre de Amalia García, también exgobernadora de Zacatecas). Le abrió paso la banda de guerra, que anunciaba

el acontecimiento con tal fastuosidad como si se tratara de una gran heroína revolucionaria.

Las imágenes de aquella mujer, su presencia en Zacatecas y los poderosos recuerdos que la gente trae y completa de forma constante aparecen también en distintas épocas en la producción artística de Alfonso López Monreal, como en la serie *Las Verónicas*, realizada en 1990 para una exposición en Dublín.



*Verónica de Juana Gallo*, 1990, encáustica sobre tela, 60x80 cm, colección particular, fotografía en blanco y negro AALM.

Otra de las piezas más emblemáticas de Monreal concebidas bajo la temática Juana Gallo es la compuesta para *Las Quince Letras*, tradicional cantina situada en el centro de la ciudad de Zacatecas con una importante colección de obras de arte

donada por distintos artistas locales, nacionales y extranjeros que la han visitado. Se trata de un *collage* de dibujos, grabados y técnicas mixtas entre las que destacan diversos objetos añadidos a la pintura conformando un pequeño mural junto a la barra del lugar, sobre la pared más vistosa a espaldas de los cantineros y del propietario.

El abuelo del pintor tenía una zapatería donde se elaboraban botas de minero y los amigos del niño eran los trabajadores del negocio: zapateros, morismeros y boxeadores: «Siempre sentí mucho cariño de ellos y aún veo viejitos que estimo como Rafaelillo, Manuel, El Bóveda y su hijo; en el patio se ponían guantes y boxeaban, yo era como la mascota del equipo».<sup>4</sup>

Aquel patio no solo fue un escenario cotidiano de peleas arbitradas, sino también de espectáculos bien organizados. Los zapateros pertenecían a diferentes gremios de las morismas,<sup>5</sup> que son mandas o privilegios adquiridos varias generaciones atrás; entre ellos había barbones, romanos y músicos de la banda mora. Juntos ensayaban todos los actos, para entretenimiento de adultos y pequeños.

Cada año pasaba frente al hogar de López Monreal el denominado «desfile de los iniciados», que era un grupo conformado por los alumnos recién ingresados al antiguo Instituto de Ciencias Autónomo de Zacatecas (ICAZ), ahora Universidad Autónoma de Zacatecas, de cualquier nivel de estudios, secundaria, preparatoria y licenciatura.

A los llamados «perros», sus compañeros más antiguos, los cubrían con chapopote y plumas, los vestían con atuendos de mujeres, monjas o cualquier otro para ridiculizarlos. Rapaban a los recién inscritos, les imponían toda clase de castigos y los arrastraban por las principales calles de la ciudad hasta arrojarlos en la fuente de la Alameda. El desfile y estas actividades de iniciación fueron abolidos por el gobernador Rodríguez Elías en un edicto a comienzos de los

años sesenta; solo quedaron las rapas de cabello durante algunos años y finalmente concluyeron en las actuales convivencias estudiantiles con comida y bebida dentro de las mismas escuelas o en espacios rentados, que suelen terminar en grandes borracheras. La Fototeca del Estado de Zacatecas «Pedro Valtierra» conserva un archivo con imágenes de estos desfiles, algunas fueron tomadas justo frente a la casa de la familia López Monreal, donde se puede ver que los niños observan a los estudiantes, quizás alguno de ellos es el mismo Alfonso.



Desfile de los perros, Zacatecas, Zacatecas, 1957, Colección Armando Perales, no. inv. 944, Fototeca del Estado de Zacatecas *Pedro Valtierra*.

La calle fue muy importante para el artista y sus vecinos siguen siendo buenos amigos. Todas estas imágenes, emociones y afectos conforman la esencia de su obra. Después de la estancia en la vivienda junto al Indio Triste, la familia se mudó más cerca del templo de Santo Domingo. Monreal conserva una fotografía tomada a finales de 1968, por su papá, frente a la casa donde vivían en ese momento, Doctor Hierro

405, actual residencia de Alfonso; en la imagen se observa al artista con su hermano Luis Alberto en brazos y un vecino.



Fotografía del pintor con su hermano Alberto en brazos, Zacatecas, 1968, AALM.

Alfonso fue el quinto de siete hermanos: Guillermo, María Cristina, Ana Grisela, Gloria, José Alfonso, María Yolanda y Luis Alberto. Diez años lo separan del mayor varón y otros diez del menor, de modo que el artista creció entre los mimos y caprichos de sus hermanas, pues era demasiado pequeño para jugar con Memo y muy grande para convivir con Luis. Hizo sus propios amigos y compañeros de juegos en el taller de su abuelo, en la escuela y en la calle.

La iconografía en torno de la tauromaquia ha estado presente en la obra de Alfonso López Monreal durante toda su carrera. Los colores, los personajes, los temas y las escenas encuentran infinidad de expresiones en composiciones donde la imagen no representa ningún episodio de la fiesta brava y, sin embargo, el mismo nombre le brinda un homenaje.

Un ejemplo muy importante de ese tema lo constituye la serie de pinturas realizadas para la exposición antes mencionada en Dublín, de 1990, *Las Verónicas*, donde cada obra era un tributo a un elemento ideal femenino y en 1993 hizo un homenaje a personajes importantes para él, como Picasso y Gauguin, dedicándoles una *Verónica*, mediante aguafuerte y aguatinta. Algunas fotografías de estas piezas fueron publicadas en el catálogo retrospectivo editado por las Galerías Graphic Studio y Ormeau Baths en 1996.

Otro ejemplo es la serie denominada *Suite de Grabados de Tauromaquia*, realizada siete años después de *Las Verónicas* por petición del exgobernador del estado de Zacatecas, Genaro Borrego, como una edición para obsequios navideños. Constaba de tres grabados acompañados por un tríptico con el registro de obra y un escrito de Alberto Hajar; un ejemplar de esta edición se encuentra en el acervo de la Pinacoteca 2000, en la Ciudad de México, desde 1997.

Durante la infancia del pintor, sus vecinos eran los Dávila, propietarios del rastro de Zacatecas, y los chinos, dueños de la panadería en la esquina del Indio Triste, donde vendían los pasteles cortados favoritos de Alfonso cuando era niño.

Del otro lado vivía su tío Gustavo Guerrero y en el nivel superior su tío abuelo José Guerrero, quien fue un personaje tan importante como interesante, pues, entre otras cosas, encontró el pendón original de la ciudad; era el encargado de la primera y única biblioteca de Zacatecas, ubicada frente a Catedral; visitaba mercados y tianguis donde solía comprar todo tipo de cosas; fue el anticuario más grande que hubo

en la ciudad, incluso consiguió una pintura de Hermenegildo Bustos; también practicaba las artes plásticas, fue acuarelista, grabador y dibujante, además de profesor de modelado en la secundaria del ICAZ y en los talleres del Instituto Zacatecano de Bellas Artes (IZBA).

Cuando era niño, Poncho visitaba a José Guerrero con frecuencia y los primeros grabados que hizo fueron linóleos en una pequeña prensa de madera que don José llevó al IZBA. Guerrero fue amigo de los dibujantes Reveles y Enciso, a este último solía visitarlo en su tienda, frente a catedral, para enseñarle sus compras y otras cosas. Poncho recuerda: «Ya había gente que sentía gran aprecio por la ciudad y todos ellos hicieron una labor educativa por amor al arte. Después todos hicieron mucho por el IZBA».<sup>6</sup>

El abuelo de Poncho también solía visitar a José Manuel Enciso en su tienda, dado que el IZBA se encontraba en la esquina de Plaza de Armas, junto a Catedral. Mientras don Luis fumaba y charlaba en compañía de su amigo, el niño entraba a los talleres de pintura, grabado, cerámica y dibujo. Cada uno de dichos cursos se impartía un día diferente, de modo que asistió diariamente. Alfonso fue un alumno disciplinado, ordenado y muy responsable, tanto en sus estudios escolares como en el IZBA.

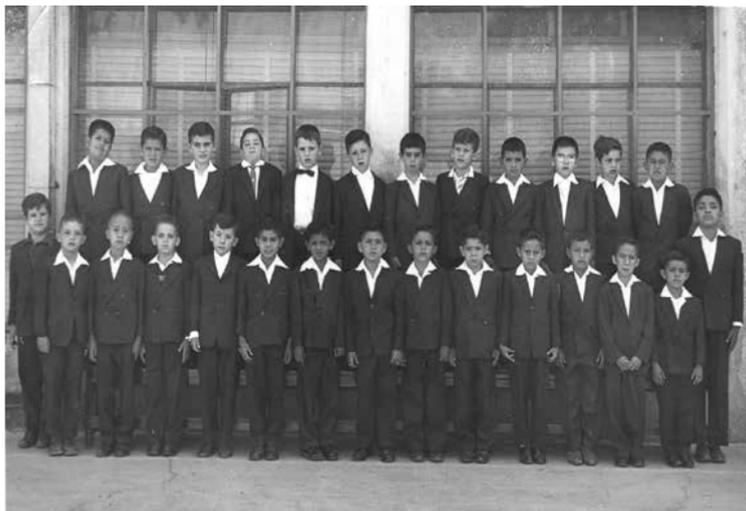
En el primer año de estudios de nivel básico, Alfonso obtuvo el segundo lugar en aprovechamiento académico y su fotografía fue publicada en la página 7 de la revista *Juventud Lasallista*, en abril de 1960, edición redactada por los hermanos lasallistas donde se incluían noticias de orden religioso, cultural y deportivo, así como asuntos concernientes a otros colegios católicos en Zacatecas.



Revista *Juventud Lasallista*, abril de 1960, AALM.

El artista conserva una fotografía con los compañeros de grupo durante el segundo año de primaria, en 1960. La imagen fue tomada en el patio del Colegio Margil para varones de los hermanos lasallistas en la ciudad de Zacatecas. La fotografía fue hecha por el propietario del Estudio López, muy importante durante el siglo XX y, a la vez, del padre de Manuel López Mendoza, uno de sus compañeros de escuela, entre quienes aún conserva buenos amigos como Jesús Pérez Carreño (séptimo de la primera fila), Gustavo García Ugalde (novenio de la primera fila), Héctor Alonso (primero de la segunda fila), Gustavo Dávila del Real (cuarto de la segunda fila), Francisco Santoyo (séptimo de la segunda fila), Javier Valdez Becerra (décimo de la segunda fila), Manuel López

Mendoza (décimo tercero de la segunda fila) y Jorge Trejo Presa (décimo cuarto de la segunda fila).



Fotografía del pintor con sus compañeros de grupo en el Colegio Margil, Zacatecas, 1960, AALM.

Su hermana mayor, Gloria, recuerda con claridad los años que Poncho se dedicó a asistir al IZBA:

Poncho entró al IZBA desde muy pequeño, con el maestro Galván, el Instituto estaba en la rinconada de Plaza de Armas, en el segundo piso de un edificio particular, abajo mantuvieron la casa y arriba rentaban al IZBA; ese edificio albergó después al Colegio Sebastián Cabot, de ahí el IZBA se cambió al Jardín Juárez, donde ahora es rectoría, UAZ, y finalmente en la calle Fernando Villalpando.<sup>7</sup>

Cutberto Galván, el director, impartía la clase de pintura y su esposa, Liuva, era la maestra de danza. Poncho encontró en el dibujo mucho más que un entretenimiento vespertino,

pues fue su manera de explorar el mundo, de analizarlo y representarlo.

Muy poco tiempo después de fundado el IZBA, los gestores para su apertura, José Manuel Enciso, Roberto Reveles y Antonio Pintor, pasaron de ser los primeros alumnos a profesores de dibujo y pintura. Ellos promovían retratar lo que se ve, aquello que se tiene alrededor, como el paisaje y la arquitectura de la ciudad.

Entre 1961 y 1966 Alfonso López Monreal ya había hecho pinturas con óleo y acrílico, acuarelas, grafitos y grabados en intaglio y madera. Durante sus visitas familiares a la Ciudad de México, Poncho pedía a su padre que lo llevara a los museos y pasaba horas observando las obras en exposiciones temporales. De frente a las últimas propuestas de arte contemporáneo en México, Alfonso desarrolló su sensibilidad con los volúmenes, los matices, las texturas y la iconografía convidada por los artistas en una nueva exploración de percepciones e interpretaciones de lo estético y en nuevas experimentaciones materiales. Aquellas muestras causaban tantas impresiones en el niño que el adulto todavía las conserva.

Mi abuelo y mi papá me llevaban a la Ciudad de México. A mi papá le gustaban más bien los deportes y la música instrumental; a la que le gustaba el arte era a mi mamá, por eso firmo Monreal. Ella tenía mucha sensibilidad y él no pero aun así siempre me llevaba a los museos y a comprar materiales de dibujo y pintura. Ahí es donde empiezan a surgir las grandes incógnitas. Recuerdo mucho la exposición de un brasileño, Arcangelo Gianelli, que me impactó, hay un cuadro suyo en el Museo Felguérez. Otra muestra bellísima que también me impactó fue de Remedios Varo en el Museo de Arte Moderno. Otra fue de La ruptura y me impactaron unos ensamblajes de Gironella, obras de Vicente Rojo, Omar Rayo, Fernando García Ponce, Felguérez y todos ellos. Yo de

niño me preguntaba qué era eso y el impacto fue enorme; cambió todo en mi percepción del arte. Yo sabía que en Zacatecas no había nada de ese nivel y yo intuía lo provinciano de todos los trabajos de aquí.<sup>8</sup>

Mediante un acercamiento al arte contemporáneo del país y la experimentación con materiales y técnicas, Alfonso López Monreal empezó a desarrollar la sensibilidad por texturas, matices y formas desde muy temprana edad, a pesar de su poco contacto con las actividades artísticas de vanguardia en el mundo.

Siguió haciendo acuarelas de paisajes y de rostros como práctica de composición y dibujo, pero no lo complacían: «quería romperlas porque no tenían nada, pero mi mamá las guardaba con mucho orgullo y cariño».<sup>9</sup> Poncho se dio la libertad de experimentar nuevas formas de expresión como el *collage* y la textura, pero sin una guía profesional: «era una necesidad de hacer cosas, de aprender técnicas, algo que disfrutas enormemente. De niño recuerdo que la felicidad era estar con mis amigos pintando en el IZBA».<sup>10</sup>

Con un gran número de acuarelas, dibujos, óleos y acrílicos sobre arquitectura local, los profesores de Poncho lo convencieron para participar en el Premio de Pintura Infantil 1967, organizado en el municipio de Fresnillo, Zacatecas. Alfonso López Monreal inscribió un acrílico del templo de Santo Domingo que había pintado el año anterior. A los catorce años participó por primera vez en un concurso de pintura estatal y ganó el segundo lugar; aún conserva el diploma y la vivencia con nitidez.



Diploma de premiación del Concurso Estatal de Pintura, segundo lugar, AALM.

El premio no fue determinante pero fue una motivación. Me dieron trescientos pesos. Antonio Pintor y Daniel Peralta eran mis maestros y me acompañaron por el premio. Nos fuimos al estudio de Peralta, que estaba en el piso de arriba del Teatro Ángela Peralta de Fresnillo y se lo bebieron en cervezas, a mí me dieron unos refrescos.<sup>11</sup>

La mamá del joven artista estaba tan orgullosa que colocó la pintura en la sala y después en un corredor, así permaneció un largo tiempo en casa del pintor hasta que Poncho se lo entregó a su amigo Javier Valadez Becerra, porque había hecho un trato: «él sirvió de caballete a cambio de que le diera la pintura».<sup>12</sup> La única fotografía de la obra que conserva el autor es en blanco y negro y fue tomada durante aquella exposición, empero, la pintura no ha sido localizada por su propietario, quien probablemente la perdió. Gloria, hermana mayor del artista recuerda la obra con claridad:

Mi mamá tenía la pintura de Santo Domingo en la sala y después la colgó en un pasillo, estaba muy orgullosa, no era muy grande, aproximadamente de 60 x 40 centímetros. Antonio Pintor le regaló dos pinturas a Poncho y mi mamá las puso en la sala también. Después colgaba todo en el pasillo porque su colección crecía todo el tiempo, con las obras que él hacía y con las que cambiaba con sus amigos artistas.<sup>13</sup>



Fotografía del acrílico *Santo Domingo*, 1967, AALM  
(la pintura no ha sido localizada por su propietario).

El reconocimiento reafirmó en el joven su vocación por las artes visuales y fue una motivación para continuar con el aprendizaje de técnicas y la práctica constante del dibujo. Su hermana Gloria reflexiona sobre esta afinidad de su hermano: «mi mamá dibujaba muy bien. En los Monreal hay fotógrafos, pintores y músicos; mi tío Saúl hacía caricaturas».<sup>14</sup> De aquellas jornadas de trabajo en el IZBA Poncho recuerda:

Uno de mis compañeros era Antonio Pintor, después llegó Juan Nava, el ingeniero Murga y nos visitaba Peralta de Fresnillo. Cuando gané mi primer premio fue el de Pintura Infantil en Fresnillo y nos los gastamos en el taller de Peralta. Toño Pintor y yo éramos muy unidos, hicimos un mural en el Seminario de Guadalupe, yo solo iba de ayudante. Cuando se fue Cutberto, él se quedó a cargo de las clases de pintura.<sup>15</sup>

A partir de las clases con los nuevos profesores, Poncho comenzó una convivencia con ellos mucho más cercana y a desarrollar un compromiso profesional, con lo cual se consolidaron amistades. En esos años le ofrecieron a Antonio Pintor el contrato para la realización de un mural en el Seminario de Guadalupe y Poncho trabajó con él. Aquella experiencia ya no fue para el joven únicamente parte de su formación, sino que le permitió adquirir consciencia de lo que significaba entrar en la vida laboral de un artista en el contexto social de la época, en los años setenta. Este trabajo y sus implicaciones causaron un impacto en la sensibilidad, ideología y expectativas del joven Poncho.

Eso significó un nivel superior, ya no era solo ir a clases a una escolita, sino trabajar con alguien que hace una obra importante. Ese mural fue una experiencia bellísima por las dimensiones, por el lugar, porque yo era un adolescente y fue el despertar a la vida bohemia de aquellos años. Era convivir con los artistas de aquella época que bebían, iban a los prostíbulos y fue todo un mundo nuevo: venir de una familia típica, conservadora y religiosa, y de pronto entrar en la bohemia en plena adolescencia.<sup>16</sup>

Aquellas imágenes de cantinas, del pueblo, de personajes ebrios o jugadores y de fraternales convivencias se conservan hasta hoy en la iconografía de la pintura de Alfonso Monreal.

Todo está relacionado con una historia de vida y experiencias propias o de la gente que contempla habitualmente y con quienes convive seguido.

Alfonso vivió todos los cambios de domicilio del Instituto: primero en la esquina de la Plaza de Armas, luego en el Jardín Juárez, donde se encontraba la presidencia municipal, el cual fue entregado finalmente al ICAZ, hoy Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas», cuando las oficinas municipales fueron trasladadas. Mientras el IZBA y la presidencia municipal de Zacatecas, junto con la prisión femenina compartían el espacio, todos los salones se extendían hasta el fondo; había de dibujo; de piano, que enseñaba la señora Evangelina; y de pintura, que se daba en la cárcel de mujeres. Los policías abrían la puerta para que pudieran entrar los estudiantes y Poncho recuerda: «atrás de las escaleras había un pasillo con una reja y me tocó ver a las presas con sus hijos cocinando en latas sobre ladrillos».<sup>17</sup>

Poco tiempo después, los talleres del IZBA se cambiaron al edificio del Partido del Trabajo en la calle Fernando Villalpando y hasta ahí los acompañó Poncho antes de partir a Guanajuato:

Si no hubiera tenido las visitas a las exposiciones en el Distrito Federal y las vivencias con gente como Pintor y su grupo de personajes de barrio zacatecano, jamás hubiera pensado en salirme de Zacatecas. Mientras más a fondo conocía Zacatecas más quería salir. Era un ambiente muy provinciano y los Coronel venían muy rara vez y cuando lo hacían nadie los veía. Pedro se juntaba con el mago Félix, eran sus amigos de generación y comían juntos. Además, estaban los incipientes movimientos comunistas de estudiantes, el post 68 en el pueblo, que acaban por influirte y marcarte. Te impactaba y te iba cambiando tu forma de pensar. Todos nos sentíamos revolucionarios y Che Guevaras. Había una

especie de rechazo a la generación de los padres y todo lo que oliera a conservador.<sup>18</sup>

Estas imágenes que el artista contempló durante su infancia y las experiencias que se imprimieron en su memoria permanecieron siempre frescas y surgieron en su obra durante distintas épocas. Recordemos una importante precisión hecha por Sartre respecto de la imagen en la memoria: «pero la imagen involuntaria y la imagen voluntaria representan dos tipos de conciencia muy próximas, una de las cuales está producida por una espontaneidad voluntaria y la otra por una espontaneidad sin voluntad».<sup>19</sup>

Una de aquellas imágenes voluntarias preservada en la memoria de Poncho emergió en 1986, en el grabado realizado en Belfast al que tituló *Recuerdos de mi pueblo* y a partir del cual hizo una segunda versión en 1994, esta vez una encáustica para la Cafetería Acrópolis en la ciudad de Zacatecas. Para concebir todos estos personajes y elementos incluidos en la composición, Alfonso busca lo más representativo de esa realidad que conoce y vive, no solo en Zacatecas, Guanajuato, París, Barcelona o Belfast; sino en cualquier ciudad a donde pueda ir: «el artista busca algo debajo de las apariencias, algún símbolo plástico que será más representativo de la realidad que cualquier reproducción exacta».<sup>20</sup>

Los recuerdos de un pueblo encuentran eco en una ciudad cosmopolita y se repite en todas las comunidades donde se encuentren grupos sociales. Las vestimentas, los ademanes, las palabras, los rasgos raciales, las posturas ideológicas y las creencias religiosas se convierten en atmósferas alrededor de algo más íntimo. La cantina en una ranchería de México y el bar en Irlanda acogen espíritus agobiados y cansados; evasivos de realidades que pesan y atormentan a un escritor, a un pintor, a un borrachín que perdió todo sentido en la existencia.

El primer proyecto para *Recuerdos de mi pueblo* nació en Irlanda por la añoranza de la tierra, sus tradiciones, espacios y personajes entrañables. La iconografía propia del artista, íntimamente emanada de su gente, así como su estilo plástico se fraguan y proyectan en el grabado; pero encuentra su máxima expresión mediante la pintura, resaltando las figuras con el color y dando profundidad y atmósfera a los espacios y escenas, como se puede observar en el mural de la Cafetería Acrópolis, en la ciudad de Zacatecas. La iconografía propia de su imaginario aparece, se distorsiona, se estiliza, se abstrae y vuelve a surgir en distintas décadas; todo a partir de la fuerte formación como grabador que le ha permitido vislumbrar los efectos de luces, sombras y claroscuros contrapuestos mediante el empleo, o no, de matices.

Las texturas en las pinturas que Poncho observó desde niño en las exposiciones nacionales e internacionales, durante las visitas con su padre a la Ciudad de México, surgieron en su obra mediante el grabado, como se verá más adelante. Poncho permaneció en el IZBA hasta que se fue a estudiar la preparatoria a la ciudad de Guanajuato; tenía quince años de edad y la firme convicción de terminar la carrera de arquitectura: «la idea era salirse de Zacatecas y Guanajuato era lo más cercano y lo más accesible en aquellos tiempos».<sup>21</sup>



*Recuerdos de mi pueblo*, 1986, buril, aguainta y mezzotinta, díptico, piezas 1 y 2, 12x60 cm cada una, col. y fotografía ALM.



# UNA DECISIÓN DE VIDA

Las opciones para realizar estudios profesionales en Zacatecas eran muy reducidas. En ese tiempo, el único lugar para una formación académica de nivel superior era el ICAZ, pero solo ofrecía unas cuantas carreras. Guanajuato era la ciudad más próxima para una formación profesional, pues su universidad estaba llena de gente del norte; en ese tiempo era casi una tradición ir a estudiar allá las carreras que no había en Zacatecas y una de ellas era arquitectura, la que deseaba Poncho. Sin embargo, no era fácil acceder a la universidad; de seiscientos aspirantes que presentaban examen, únicamente admitían a veintiocho, de los cuales la mitad eran de Guanajuato y solo había catorce lugares para foráneos. Uno de los profesores de la escuela de arquitectura era el ingeniero Agustín Yáñez, hermano de Pepín Yáñez, también director de la escuela de ingeniería y, afortunadamente, amigo de los papás del artista, quien influyó en la decisión familiar de que Poncho estudiara en aquella ciudad.

Monreal se mudó a Guanajuato en 1969 para cursar el nivel medio superior con el objetivo de continuar estudios profesionales de arquitectura. En cuanto llegó a la ciudad se inscribió a los talleres de gráfica con el maestro Gallardo, quien tenía como alumno más adelantado a Paco Patlán, quien tiempo después también llegó a ser profesor en el mismo taller.

Mientras estudió la preparatoria, Poncho compartió una renta con varios compañeros originarios de Chihuahua en el número 106 de la calle Positos. Francisco Patlán tenía una

casa en Corazones número 20, subiendo al Pipila, la rentó a algunos familiares y amigos, entre ellos Poncho, quien se instaló ahí en su segunda residencia. Finalmente, se trasladó a la casa más bella del Jardín Embajadoras. La propietaria transformó el jardín en casa de huéspedes para estudiantes. Ahí tuvo como vecino a Armando Aranda Delgado, primo hermano de Raúl Delgado, profesor del actual doctorado en Estudios del Desarrollo en la Universidad Autónoma de Zacatecas.

Desde que estudiaba la secundaria, Poncho comenzó a trabajar en la Secretaría de Agricultura y Ganadería como dibujante. Amparado por su buena estrella, su jefe fue cambiado a Guanajuato y le dio el mismo trabajo durante la preparatoria y toda la carrera. Una de sus labores era organizar las exposiciones ganaderas de las ferias y hacer los dibujos de apicultura. Gracias a este sueldo, nunca padeció las limitaciones de un estudiante y contaba con los recursos suficientes para adquirir los materiales de su elección para hacer pintura y grabado de forma permanente.

Durante esta etapa de formación profesional, aunque no de artes visuales, Alfonso continuó con la práctica del dibujo, el estudio del color, de la perspectiva y la composición. Muchas de sus obras continuaron dentro de los estudios arquitectónicos, paisaje y retrato. Se conservan muy pocas obras de aquella época, ninguna en manos de su autor y unas cuantas con familiares y amigos a quienes se las obsequió recién hechas.

Sin embargo, con el vasto trabajo realizado, el artista llegó a participar en exposiciones individuales y colectivas en Guanajuato. Una de estas muestras es la de 1974 en la Sala Hermenegildo Bustos, junto con su amigo Javier Hernández, El Capellán, como lo llama con cariño, en la cual, además de acuarelas, el artista participó con acrílicos, aguafuertes, una tinta y un collage. Dicha exposición fue organizada por el

Departamento de Acción Cultural de la Universidad. El folleto de mano entregado el día de la inauguración incluyó una presentación escrita por el responsable del Departamento y la lista de obra de ambos participantes, mismo que aún conserva el autor.

Transcurrieron seis años en la vida de Poncho por las avenidas de Guanajuato desde su llegada. Después de conocer el ambiente intelectual y estudiantil de la nueva ciudad, las visitas del artista a Zacatecas se redujeron a las más indispensables:

Guanajuato estaba en otro nivel; ahí había gringas, grupos intelectuales ya muy establecidos. Llegué a finales de los sesenta y conocí a los Escalante, que escuchaban *free jazz* en animadas reuniones. Al mismo tiempo que era la locura, fue fascinante, una sacudida muy fuerte en todos los niveles. Era una ciudad súper conservadora por un lado, pero por otro muy liberal con una escuela de filosofía muy influyente. A los dieciséis tenía toda la libertad fuera de mi casa, pero con la firme decisión de dedicarme a las artes plásticas y me topé con ese mundo.<sup>22</sup>

La biblioteca de la Universidad tenía un considerable acervo en publicaciones de importantes artistas, historiadores, teóricos y críticos de arte del siglo XX y Poncho se dedicó a estudiarlos meticulosamente. Aún conserva las libretas donde escribió las síntesis e interpretaciones de sus lecturas, así como nuevas reflexiones sobre el arte en aquel momento y sobre su propio trabajo.

En una página de su libreta azul, en la cual habla sobre el texto *Últimas tendencias del arte de hoy* del crítico de arte, pintor y filósofo, Gillo Dorfles, se lee: «este es uno de los libros que más me ha ubicado y definido, creo que dentro de los ensayos no es lo mejor que he leído. Definitivamente Gillo

Dorfles es de lo mejor. No más realismo, no más figurativismo mi camino será solo lo concreto».<sup>23</sup>

Otros autores que Poncho estudió a profundidad durante aquellos años fueron Vasili Kandinsky, Guillaume Apollinaire y Antonie Tàpies. Recuerda de manera especial un pequeño libro de ensayos cuya lectura le produjo una fascinación incomparable y su descubrimiento fue memorable: *Cartas a Theo*.

De la misma manera en que Dorfles, profesor de estética y médico especialista en psiquiatría, reflexionó sobre la manera de *Convertirse a las artes* (estudio publicado en 1959), nuestro pintor comenzó un análisis en torno de sus propios intereses profesionales y de la búsqueda plástica que le interesaba emprender: «la diferencia entre la pintura de diversos pintores se debe mucho más a las diferencias de capacidad para conducir su pensamiento que a las diferencias de sensibilidad al color o a las de destreza en la ejecución».<sup>24</sup> Los trazos, análisis estilísticos, síntesis, citas y reflexiones personales se pueden observar en las páginas de aquella libreta que forma parte de su archivo personal.

Además de las lecturas y su relación con las distintas disciplinas artísticas desarrolladas y difundidas en aquella ciudad, Alfonso se acercó también a diversos espacios de la cultura bohemia más cosmopolita. Los viajes al semidesierto, que los extranjeros y «defeños» hacían en busca de peyote, fueron un incentivo en la percepción de colores, formas vegetales y animales que se imprimieron también en el acervo visual del artista para emerger a lo largo de su carrera en las artes plásticas.

Las obras de aquella época son consideradas por el artista como trabajos de formación, bajo ese parámetro, obsequió sus composiciones a amigos y familiares; únicamente conservó para él algunos dibujos a manera de apuntes, no como piezas dentro de su dossier artístico. No obstante, más tarde

empleó aquellos bocetos en sus trabajos experimentales con técnicas y texturas durante sus primeros años de residencia en Europa. Dos de estos ejemplos son el *Retrato de un hui-chol sentado* y el *Jabalí*, hecho para Moly, su novia en aquella época, durante un viaje a Real de Catorce.



*Maracame*, 1981, buril, marco de colografía, 30x25 cm, col y fotografía ALM.

Guanajuato no solo cambió el ambiente social, sino también las perspectivas de López Monreal en un acercamiento a la cultura norteamericana a través del contacto habitual con los estudiantes extranjeros y en la firmeza de una nueva profesión de manera concreta en las artes plásticas; su visión se fijó en Estados Unidos de Norteamérica para continuar con su formación de manera profesional, era 1975. En esta decisión influyó su novia Moly Dotty, primera vocalista del grupo *Los Tiempos Pasados*. Ella lo invitó a Los Ángeles para visitar a su familia, pero después de cruzar la frontera lo detuvieron en la cárcel de San Clemente, en las primeras veinticinco millas de territorio estadounidense.

Ahí vivió en carne propia lo que experimentan los indocumentados en su llegada al territorio del sueño americano. Pasó una noche y un día en aquella cárcel, pero su recuerdo es tan claro y fresco como los más recientes: «me dejaron ir a la oficina de migración a Los Ángeles, pero antes me obligaron a bañarme y a ponerme ropa limpia porque, dijeron —está usted entrando a los Estados Unidos—. Duré poco en ese país porque nunca me pude acomodar por el racismo».<sup>25</sup>

Después de una breve estancia en Los Ángeles, Monreal fue a San Francisco para ingresar en la Escuela de Artes de San José, sin embargo, primero debía encontrar un trabajo para solventar sus gastos en aquel país. Moly le presentó una pareja que podría ayudarlo: él era estadounidense y ella francesa, la pintora Solange Landa, quienes recientemente habían adoptado a dos niños y pensaban mudarse a París con sus hijos. Solange le ofreció a Poncho ir con ellos como niñoero y como su ayudante en el trabajo artístico, lo cual aceptó con gusto porque Estados Unidos no le gustaba y deseaba estudiar artes plásticas en el viejo continente.

Durante su estancia en los Estados Unidos de Norte América, Alfonso no realizó ninguna obra; en Los Ángeles observó a los artistas chicanos y su trabajo, pero no tuvieron ningún impacto estético, ideológico ni iconográfico en su trabajo; tampoco tuvo la oportunidad de continuar con algún aprendizaje técnico o teórico respecto del estudio de las artes porque las condiciones nunca se concretaron a su favor.

# EL COMIENZO PROFESIONAL

Monreal regresó a México en 1976 únicamente para contarle a su padre las malas experiencias en Estados Unidos y su decisión de probar suerte en París, empeñando en ello su entrega, disciplina y dedicación. Llegó a la ciudad de las luces con la familia de la pintora Solange Landa. Ella y su esposo le dieron trabajo y los primeros días lo alojaron en la habitación de su hijo mientras encontraba un alojamiento propio, el cual consiguió con una señora que rentaba los cuartos de su departamento.

El nuevo recinto despedía un fuerte y desagradable olor a pesar de su orden y limpieza. El joven mexicano descubrió la razón a los dos días de su instalación cuando se dirigió a la ducha y su rentera le anunció que solo permitía tomar un baño a cada persona una vez por semana, y como él ya lo había tomado a su llegada, así que debía esperar. A Poncho no le importó; el júbilo por estar instalado en París con un brillante futuro por conquistar, hacía mínima cualquier adversidad: «me compré una botella de vino blanco con un queso, pues ya tenía cuarto en París en una calle que daba a los Jardines de Montsouris. Ahí vivía otro mexicano del que aprendí mucho porque era un vago profesional, todo un personaje que me enseñó a hablar gratis en los teléfonos públicos».<sup>26</sup>

En ese departamento permaneció poco menos de un año, pues por medio de Solange conoció a un arquitecto que le dio trabajo y le ofreció un cuarto para vivir en el nivel superior de su casa a cambio de arreglarlo.



Habitación de Alfonso López Monreal en París, 1976, fotografía AALM.

Alfonso hizo maquetas durante más de dos años en el 169 de Saint Germain—des—Prés. Desde la ventana de su habitación contemplaba diariamente la iglesia de Saint Germain. La oficina estaba en el mismo edificio, así que solo debía bajar las escaleras y ya estaba en su trabajo. El arquitecto y su esposa no tenían hijos pero sí gatos; una de sus obligaciones era llevarlos al veterinario todos los viernes. A pesar de la comodidad del trabajo y de la vivienda, Monreal nunca pudo estudiar una carrera profesional de artes porque llegó una semana tarde

al examen de admisión para entrar a la escuela y después se dio cuenta que la competencia en ese mundo era mucha y los círculos artísticos inaccesibles. No obstante, comprendió la enorme ventaja de no haber realizado su plan inicial.

En París había una élite de artistas latinoamericanos muy cerrada, encabezada por Octavio Paz y sus amigos, a la que pertenecían Toledo y todos los becados por las instituciones mexicanas. Poncho llegó con sus propios recursos y de esa manera se mantuvo tres años sin ningún apoyo económico, profesional ni social; empero, encontró a su amigo Raúl Pérez López Portillo, un periodista de *Excélsior* que vivía exiliado en París tras el golpe de Echeverría. Raúl fue a Madrid como corresponsal del *Uno Más Uno* y conoció a una mujer con quien decidió quedarse; actualmente viven en Madrid y hasta la fecha, él y Poncho, conservan una buena amistad. Antes de partir le dejó todas sus cosas, entre ellas las direcciones de artistas latinoamericanos en París.

Cuando López Monreal vivía en Guanajuato se encontró a Gironella durante un Festival Cervantino, le ayudó a montar su exposición, e incluso salieron juntos a beber como buenos amigos; lo volvió a ver en París, pero el encuentro no fue tan amistoso y únicamente intercambiaron un par de frases que Poncho recuerda con nitidez: «me dijo: “¿qué haces aquí”. Pues buscando. Me dijo: “¡ya somos un chingo!”», dio la vuelta y se fue». <sup>27</sup>

En los últimos años de la década del setenta llegaron a París los artistas que conformaban el grupo Proceso Pentágono para exponer en una bienal: Chucho Cordero, Felipe Ehrenberg, Helen Escobedo y Macotela; todo el grupo de San Carlos que hacían arte callejero, pero Poncho nunca se acercó a ellos: «no me hablaban y no me decían dónde era la fiesta. Carlos Fuentes era el embajador en París, pero nunca me habló; era el hombre mejor vestido de París. Ninguno estaba disponible. Todos dieron pretextos y nunca me pude

comunicar con ellos». <sup>28</sup> Sin embargo, su suerte cambió con José Luis Cuevas.

Llegué con Cuevas y le toqué a su puerta, vivía en el Boulevard Raspail en un departamento muy lujoso. Me abrió una indita del Estado de México y dijo: «Pos' que le pase». Tenía un altar a los Beatles entrando. Me sentaron en la sala a esperar. Salió después porque se estaba bañando. Me dijo: «Rapidito porque tengo mucha prisa por ver a alguien». Nos dieron las once de la noche platicando de mi vida y mis andanzas. Nunca lo volví a ver. Leí que regresaba a México a compartir sus triunfos. En México coincidimos después de muchos años en unos talleres y me pedía que le llevara besos de Zacatecas, que son dulces de la región, una especie de muégano grande. Los compraba en el mercado y se los llevaba al taller Antiguas Técnicas Gráficas en Coyoacán, donde se trabajaba con técnicas tradicionales. Ahí hizo mucha obra Cuevas, también Felguérez, los Leñero y yo; estaba en Venustiano Carranza y lo dirigía Beatriz Medina, quien después fue directora del Museo Cuevas. Ahora el taller está en la colonia Roma y lo dirige un antiguo impresor. Ya rara vez trabajo ahí, pero todavía hago algunas ediciones. En ese tiempo también Cuevas venía a Zacatecas invitado por Felguérez; festejamos sus sesenta años y fue a mi casa. Yo siempre le agradecí de aquella vez que me ayudó en París. <sup>29</sup>

Con todas las direcciones que Alfonso tenía de los artistas en París intentó contactarlos pero ninguno lo recibió. No obstante, gracias a la recomendación de José Luis Cuevas, el maestro en la gráfica, el británico Stanley William Hayter, lo admitió en el prestigiado Atelier 17. Poncho ingresó entonces en el mundo de la gráfica con el pie derecho y se quedó en él mientras permaneció en aquel país de 1976 a 1979.

Aún conserva varios ejercicios realizados desde su llegada al taller de acuerdo con las enseñanzas de Hayter.



*Tsugo*, 1977, aguafuerte y colografía, 90x60 cm, col. y fotografía ALM.

Cuando comenzó a trabajar, el artista zacatecano se sentó en una pequeña mesa de la esquina que nadie usaba. El maestro Hayter lo vio y le dijo: «fíjate, qué curioso, nadie usa esta mesa y me la dejó Marx Ernst».<sup>30</sup>

A partir de ese momento convivió con artistas provenientes de Japón, Indonesia, Estados Unidos, Malacia, Canadá y otros países.

Durante el año escolar el taller estaba lleno de alumnos extranjeros y los veranos su uso era exclusivo para artistas que habían trabajado ahí, pero ahora vivían en Nueva York, Milán y en otras grandes capitales del mundo artístico.

El taller se transformaba cada año de una pequeña escuela a un centro para artistas consagrados; esa era la mejor época del taller y López Monreal la aprovechó al máximo. Durante ese período todos salían de vacaciones, incluso Hayter solía ir de viaje, pero Poncho no tenía suficiente dinero para hacer grandes desplazamientos y se quedaba a trabajar. Los domingos empezó a imprimir para artistas como Akemi Nouguchi, Soerichi Ono y Jan Clarté (amigo de Gironella y Alechinsky), con los que intercambió obra y aún conserva una gran colección.

En el *Átelier 17*, Poncho no solo aprendió las técnicas de Hayter que revolucionaron la gráfica, sino que estableció una gran amistad con el maestro a quien solía visitar frecuentemente en su casa. Después, se dio cuenta de que en ese mismo edificio vivía Pedro Coronel y sintió una positiva coincidencia que mantuvo su ánimo elevado mientras permaneció ahí: «París para mí básicamente fue Hayter y la gráfica».<sup>31</sup>

En el grabado, Hayter era el centro del surrealismo, aficionado a la experimentación e investigación por su formación científica en química orgánica y geología; trabajó con Jean Arp, Kandinsky, Pablo Picasso, Alberto Giacometti, Pierre Alechinsky e Yves Tanguy, entre muchos otros. Su método se basaba en las técnicas y principios surrealistas del arte; enseñaba todos los procesos de dibujo desde el inconsciente, dibujar hasta agotarse sin pensar nada: «sacar a pasear una línea, (a la Klee)».<sup>32</sup> En ese tiempo era muy novedoso y aunque pudiera parecer libre y sin sentido, en realidad había que trabajar muy duro, a veces dibujar toda la noche y todo el día hasta quedar exhausto y luego seguir dibujando; con

todo ello también enseñaba la disciplina para culminar un proyecto:

Llegué en un momento oportuno porque con él empecé, entonces me guió en el abecé de la gráfica; porque si llegabas muy maduro ya no era igual. Se me abrió un mundo plástico, por eso lo llamo el primero de mis maestros y fue un gran maestro. A mí me dio un lugar y me dio seguridad. Yo era un chavillo delante de japoneses y gringos muy talentosos. Él me alentó y me dio seguridad en mi trabajo.<sup>33</sup>

La confianza de trabajar sobre bases sólidas dio a Poncho la libertad y el entusiasmo para atreverse a realizar sus propias creaciones, de las cuales conserva dos grabados realizados un año más tarde.

López Monreal recuerda nítidamente una exposición montada en el antiguo templo de San Agustín, en la ciudad de Zacatecas, donde el artista vio enormes obras de Pedro Coronel con sus grandes lunas y de Manuel Felguérez. La visión desde la entrada lo impactó profundamente y se preguntó: «¿por qué me gusta tanto eso, lo abstracto?».<sup>34</sup>

En su larga búsqueda entre artistas, talleres y escuelas, finalmente recibió una respuesta del gran maestro Hayter y pudo comprender cómo se llega al abstracto y el sentido de su creación: «por fin alguien me dio unas bases teóricas sólidas para mí desconocidas, —no veas lo que estás dibujando, no pienses—. Así te das cuenta si algo te gusta porque lo haces durante horas y horas».<sup>35</sup>

Cuando Poncho llegó a París ya tenía muchos años de trabajo con dibujo, pintura y grabado, pero sin una educación formal, de modo que al estar en un medio realmente profesional se dio cuenta de lo que significaba; más que una evolución en su trabajo fue el principio de una verdadera carrera: «piensas que ya vas muy avanzado y que ya sabes, pero como la Selección

Mexicana, en cuanto se topas con los que sí saben te das cuenta de lo que te falta». <sup>36</sup>

Además de su trabajo en el Atelier 17, Poncho completó su formación con los grandes maestros de todas las épocas de la humanidad, desde las antiguas civilizaciones hasta los contemporáneos en los importantes museos de la ciudad. Monreal disfrutaba enormemente visitar el Louvre y cada domingo que tuvo disponible fue, durante meses, a observar una y otra vez cada obra del acervo, así como los distintos trazos, formatos y composiciones en pinturas y esculturas.

Alfonso estuvo en un taller de apreciación artística donde le explicaban una sola obra de arte cada vez y luego iba a verla en el museo. Ahí aprendió mucho sobre historia del arte y recuerda: «a mí me tomó meses entender lo que era una colección del Louvre. Otro gran rincón era el Museo Rodin, iba a cada rato, como en Zacatecas se va a la Acrópolis». <sup>37</sup> Tales estudios fueron sumamente importantes para que este artista obtuviera las herramientas y parámetros de valor en la crítica de arte que utilizó, tanto en su propia obra, como en la de sus alumnos.

Durante su estancia en París, Alfonso no hizo ediciones ni fotografías de las obras que iba realizando porque no participó en ninguna exposición; solo hizo trabajos sueltos de ejercicios en placas que imprimió unas cuantas veces, como los ejercicios libres de buril para contrastar diferentes texturas, líneas y trazos.

Gracias al trabajo constante y al empeño mostrado durante su permanencia en el Atelier 17, Poncho recibió una carta de recomendación del maestro Hayter que conserva con todo el cariño.

S.W. HAYTER

Tel: 543 85.01

ATELIER 17

10, rue Didot  
75014 Paris

1er Aout 1979

A CUI DE DROIT

Monsieur Alfonso MONREAL - de nationalité mexicaine - a travaillé à l'Atelier 17 pendant un an et demi à partir du juillet 1977. Dès son début à l'Atelier j'ai pu constater que Monsieur Monreal était un artiste exceptionnellement travailleur et consciencieux. Il a très vite appris les diverses techniques de la gravure quant à l'eau-forte et gravure au burin et il avait commencé à graver des plaques ou sa ligne de burin, particulièrement pure et forte, s'est fait remarquer. Il a aussi expérimenté avec la gravure en couleur et chaque plaque qu'il faisait était digne d'intérêt. Il possède maintenant des connaissances assez profondes dans la matière de la gravure et je suis convaincu qu'il ferait un excellent professeur de cette discipline. Il débordait aussi de vitalité, enthousiasme et d'intelligence ayant au même temps la patience et les capacités nécessaires à un bon professeur.

Personnellement il avait des relations excellentes avec le groupe de l'Atelier 17 qui compose plusieurs nationalités et lui-même est d'une grande intégrité et loyauté.

Je peux lui recommander sans aucune hésitation comme un artiste de grande qualité et un excellent professeur.

Signé: *S.W. Hayter*

**ATELIER 17**  
FONDÉ EN 1967 S. W. HAYTER  
NEW YORK N. Y. PARIS-14

S.W. Hayter  
Fondateur - Directeur

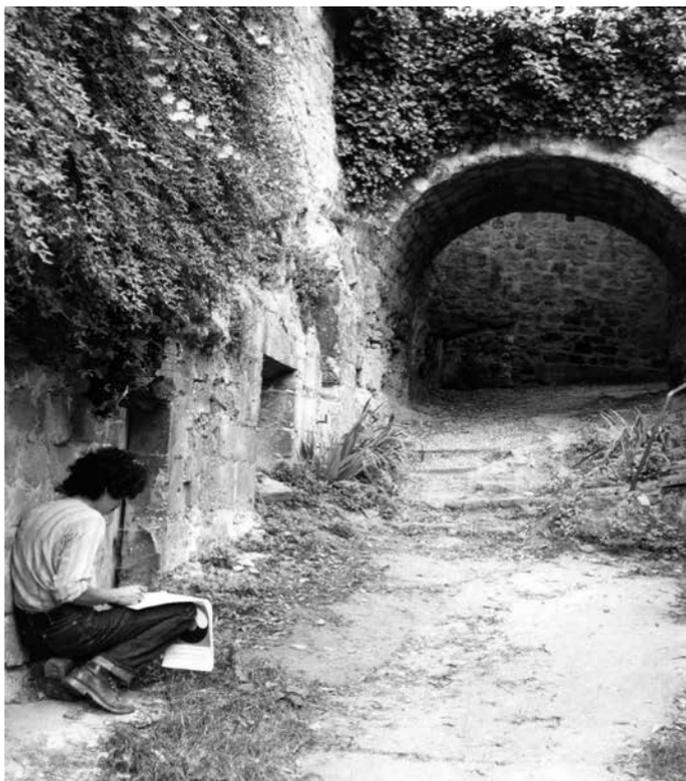
Atelier 17

Carta de recomendación del maestro Hayter,  
AALM.

Los conocimientos teóricos adquiridos en los museos, y todos los prácticos en el taller, repercutieron en un trabajo con mayor solidez y visión estética en las creaciones de Poncho durante su búsqueda por un estilo propio y un lenguaje personal. Por otra parte, la estancia de Monreal en París le permitió viajar por gran parte de Francia y visitar lugares emblemáticos en la historia del arte europeo, como el sur de aquel país, donde siguió los recorridos de Van Gogh.

El aire fresco y la luz brillante de Auvers cautivaron a Poncho, lo mismo que al pintor holandés, y se dio el gusto de dibujar bocetos en el mismo sitio donde Van Gogh solía trabajar al aire

libre, así como de acostarse en el campo de Auvers–Sur–Oise, donde Vincent Van Gogh realizó su última pintura y se disparó.



Fotografía de López Monreal haciendo un boceto en Auvers, Francia, 1979, AALM.

A lo largo de aquellos recorridos Monreal se encontró con numerosas colecciones de arte e importantes museos que aumentaron el rico acervo visual y cultural, necesario para cualquier artista.

De manera paralela a la realización de los trabajos hechos bajo la técnica de dibujo espontáneo aprendida de Hayte, Poncho continuó con la práctica de composición académica

según los cánones de proporción, claroscuro y textura realista, como lo muestra el autorretrato realizado durante dicha estadía a partir de los retratos fotográficos que le habían hecho sus amigos.



*Autorretrato en París, 1978, buril, 13x11 cm, col y fotografía ALM.*

Además de su trabajo en la gráfica y en la formación teórica, Monreal también pasó el tiempo con muchas amistades de México que transitaban o hacían estancias en París por motivos diversos. Uno de ellos es Raúl Pérez López Portillo, cofundador de la revista *Proceso*, en 1976, quien viajó a París al año siguiente como corresponsal de la publicación y se hospedó con Madame Goughielmo, la viuda que rentaba las habitaciones donde se alojaba Monreal. De la amistad surgida entre Alfonso y Raúl en París hay fotografías, muchas vivencias, recuerdos y fuertes lazos hasta hoy. El escritor conserva una fotografía hecha un día de invierno en París por el pintor y la tiene publicada en su página. De aquella relación Raúl recuerda:

Alfonso —pelo rizado, ojos vivarachos y sonrisa a flor de piel, buen relator de historias de indígenas mexicanos— a través de la pintura y quien escribe, con el periodismo a

cuestas, convivimos intercambiándonos a veces, nuestras actividades profesionales. Unidos a través del arte y el periodismo, compartimos jornadas intensas en nuestro aprendizaje europeo. Donde iba uno estaba el otro.<sup>38</sup>

Poncho sintió que de alguna manera concluyó un período de formación en París y decidió trasladarse a la ciudad de Barcelona. En ese tiempo había muerto Franco y su amigo Oscar Escalante Betancourt, pintor, escultor y músico, a quien había conocido en Guanajuato, vivía en aquella ciudad con su esposa Linda. Tras ponerse de acuerdo con la pareja y realizar todo lo necesario para el cambio de vida, ambos lo recibieron y lo alojaron en su propia casa, desde donde inició una nueva etapa en su carrera, en su formación profesional y en su desarrollo personal.

Alfonso permaneció en la residencia Escalante cerca de un año hasta que nació el primer hijo de la pareja, Amat Escalante, quien años después se convertiría en un reconocido cineasta ganador del Festival Internacional de Cine de Cannes como mejor director, en 2013, por su obra *Heli*.

En este ambiente familiar de profunda amistad, Poncho replantea sus inquietudes formativas y consolida la elección de su carrera artística desde un nuevo sitio geográfico, esta vez con su misma lengua y un mayor número de afinidades culturales.

# ESTILO ARTÍSTICO

El desarrollo del lenguaje particular de Alfonso López Monreal posee contenidos que deben clasificarse cronológicamente dentro de su historia particular. Las imágenes que el artista contempló durante su infancia y las experiencias que se imprimieron en su memoria permanecieron siempre frescas y surgieron en su obra durante distintas épocas. Recordemos una importante precisión hecha por Sartre respecto de la imagen en la memoria: «pero la imagen involuntaria y la imagen voluntaria representan dos tipos de conciencia muy próximas, una de las cuales está producida por una espontaneidad voluntaria y la otra por una espontaneidad sin voluntad».<sup>39</sup>

Una de las piezas para ejemplificar la importancia de un conocimiento detallado sobre la historia del autor fue en 1986 y se trata del grabado realizado en Belfast, al que tituló *Recuerdos de mi pueblo*, a partir del cual hizo una segunda versión en 1994, esta vez una encáustica sobre tela en la Cafetería Acrópolis, en la ciudad de Zacatecas. Para concebir todos los personajes y elementos incluidos en la composición, Alfonso busca lo más representativo de esa realidad que conoce y vive, no solo en Zacatecas, Guanajuato, París, Barcelona o Belfast, sino en cualquier ciudad a donde pueda ir.

La explicación de la manera en que el contexto cultural originario del artista tiene enorme influencia en su trabajo parte de las concepciones semánticas de Umberto Eco para dar significado a la obra, en las que se explica que incluso la materia con la que está hecha proviene de vivencias anteriores del artista: «la materia se carga de connotaciones culturales antes, incluso de que el artesano empiece a trabajar la cruz y es diferente que elija el bronce en lugar del oro».<sup>40</sup> De ahí la

importancia de hacer un recorrido por la infancia y juventud de Monreal con la finalidad de conocer sus afinidades, actividades y espacios de desarrollo con precisión, de manera que podamos comprender las distintas vías por las que ha transitado su quehacer artístico.

El arte para los creadores es una experiencia distinta a la del público, este último se enfrenta con obras concluidas y dispuestas para su contemplación. El artista vive el proceso de creación tras el surgimiento de una idea. Las motivaciones para la realización de una obra son muy variadas, pero provienen del entorno social del autor y de sus mundos interiores emocionales e ideológicos. En este aspecto es útil el campo de la Sociología y de la visión del arte como experiencia, postura expresada de forma inigualable por John Dewey en su libro con ese título, en el que dice: «la diferencia entre la pintura de diversos pintores se debe mucho más a las diferencias de capacidad para conducir su pensamiento que a las diferencias de sensibilidad al color o a las de destreza en la ejecución».<sup>41</sup>

El pensamiento de Monreal está lleno de imágenes de la vida cotidiana de la cultura zacatecana, con antecedentes históricos y sociales internacionales como el cristianismo y la tauromaquia, a pesar de la animadversión o afición desarrollados por uno y otra con el transcurso de los años. Esa cultura que vivió Poncho durante su infancia en la ciudad de Zacatecas fue impregnada en él por medio de personas reales que más tarde emergieron como personajes trabajados de acuerdo a la nueva pintura figurativa de los años ochenta y una vez más en el siglo XXI.

Por otra parte, la experiencia del público frente al arte de Monreal no es únicamente a través de símbolos que reconoce y con los cuales identifica una o varias afinidades; sino que encuentra en una pieza cualidades esenciales a la humanidad desligadas de una cultura determinada y que pertenecen ya

a la multiculturalidad de fines del siglo pasado y, de manera más notoria, a la presente centuria.

Durante las jornadas de trabajo en la edición de piezas gráficas con distintos artistas en Europa, Poncho estableció amistad con cada uno de ellos y le pareció una vida de ensueño por la gran experiencia y enriquecimiento cultural acrecentados día con día en conversaciones, observaciones, comparaciones y anotaciones sobre el trabajo personal con aquellos maestros. Este enriquecimiento y todos los aspectos en su derredor pueden ser analizados siguiendo las reflexiones de Calabrese sobre el lenguaje del arte, quien dice:

El arte es interpretado como un fenómeno participante de ese sistema más amplio que es la cultura. La cultura, como depósito de la información socializada, es una organización tipológica, es un depósito plurilingüe, que precisamente gracias al plurilingüismo es comparable con otras culturas.<sup>42</sup>

El fascinante mundo pictórico creado por Alfonso Monreal durante distintas etapas, con primacía de lo figurativo o de lo abstracto, supone a la vez una búsqueda plástica, el establecimiento de un lenguaje propio, la comprensión de técnicas y materiales, y también el ejercicio de la libertad creativa gracias a la cual no se ha encasillado en ninguna propuesta determinada por la comodidad del ingreso a un mercado, como sucede con muchos artistas.

Estas páginas son apenas el comienzo de una larga y muy amplia carrera donde Poncho construirá un rico legado de arte urbano, murales, esculturas, pinturas y gráfica que dan cuenta clara de su estilo distintivo. El análisis de cada etapa en la construcción del estilo artístico de Monreal impone un estudio iconológico minucioso para comprender el desarrollo técnico de su trabajo, pero también nos adentra en cada una de las etapas en la vida del autor, de manera que podamos

comprender la preferencia por ciertos temas y materiales, así como reconocer sus intereses plásticos.

Las páginas de esta edición contienen muchas claves para comprender dichos intereses y caminos. Espero que a partir de ellas, el lector pueda acercarse a la obra de Alfonso Monreal de una manera más familiar y apropiarse de sus discursos. Espero, sobre todo, avivar la curiosidad por conocer más de la vida y obra de este importante personaje en la historia del estado de Zacatecas, no solo como artista, sino también como entusiasta activista en la formación y difusión del arte y la cultura sin que importen edades ni condiciones sociales.

# NOTAS

- <sup>1</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora en el Núcleo ISSSTEZAC de Cultura (NIC), Zacatecas, México, 18 de enero de 2011, inédita.
- <sup>2</sup> Entrevista a Gloria López Monreal realizada por la autora en su domicilio particular, Zacatecas, México, 10 de diciembre de 2014, inédita.
- <sup>3</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal, realizada por la autora en el NIC, Zacatecas, México, 18 de enero de 2011, inédita.
- <sup>4</sup> *Idem.*
- <sup>5</sup> Fiesta tradicional realizada en Zacatecas desde 1830 durante el último fin de semana de agosto en Lomas de Bracho.
- <sup>6</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora en el NIC, Zacatecas, México, 18 de enero de 2011, inédita.
- <sup>7</sup> Entrevista a Gloria López Monreal realizada por la autora en su domicilio particular, Zacatecas, México, 10 de diciembre de 2014, inédita.
- <sup>8</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora en su domicilio particular, Zacatecas, México, 1 de febrero de 2014, inédita.
- <sup>9</sup> *Idem.*
- <sup>10</sup> *Idem.*
- <sup>11</sup> *Idem.*
- <sup>12</sup> *Idem.*
- <sup>13</sup> Entrevista a Gloria López Monreal realizada por la autora en su domicilio particular, Zacatecas, México, 10 de diciembre de 2014, inédita.
- <sup>14</sup> *Idem.*
- <sup>15</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora en el NIC, Zacatecas, México, 18 de enero de 2011, inédita.
- <sup>16</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora

- en su domicilio particular, Zacatecas, México, 1 de febrero de 2014, inédita.
- <sup>17</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora en el NIC, Zacatecas, México, 18 de enero de 2011, inédita.
- <sup>18</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora en su domicilio particular, Zacatecas, México, 1 de febrero de 2014, inédita.
- <sup>19</sup> J. P. Sartre: *Lo imaginario*, p. 32.
- <sup>20</sup> H. Read: *El arte ahora. De Reynolds a Paul Klee*, p. 66.
- <sup>21</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora en el NIC, Zacatecas, México, 18 de enero de 2011, inédita.
- <sup>22</sup> *Idem.*
- <sup>23</sup> Cita obtenida en la libreta de apuntes personales de Alfonso López Monreal hecha durante su estancia en Guanajuato, 1968–1974; no tiene números de página y pertenece al archivo personal del pintor.
- <sup>24</sup> J. Dewey: *El arte como experiencia*, p. 43.
- <sup>25</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora en el NIC, Zacatecas, México, 18 de enero de 2011, inédita.
- <sup>26</sup> *Idem.*
- <sup>27</sup> *Idem.*
- <sup>28</sup> *Idem.*
- <sup>29</sup> *Idem.*
- <sup>30</sup> *Idem.*
- <sup>31</sup> *Idem.*
- <sup>32</sup> *Idem.*
- <sup>33</sup> *Idem.*
- <sup>34</sup> *Idem.*
- <sup>35</sup> *Idem.*
- <sup>36</sup> *Idem.*
- <sup>37</sup> Entrevista a Alfonso López Monreal realizada por la autora en su domicilio particular, Zacatecas, México, 1 de febrero de 2014, inédita.
- <sup>38</sup> Entrevista a Raúl Pérez López–Portillo, realizada por la autora vía correo electrónico, Zacatecas–Madrid. 13 de agosto de 2016, inédita.

<sup>39</sup> J. P. Sartre: *op. cit.*, p. 32.

<sup>40</sup> U. Eco: *Tratado de semiótica general*, p. 374.

<sup>41</sup> J. Dewey: *op. cit.*, p. 43.

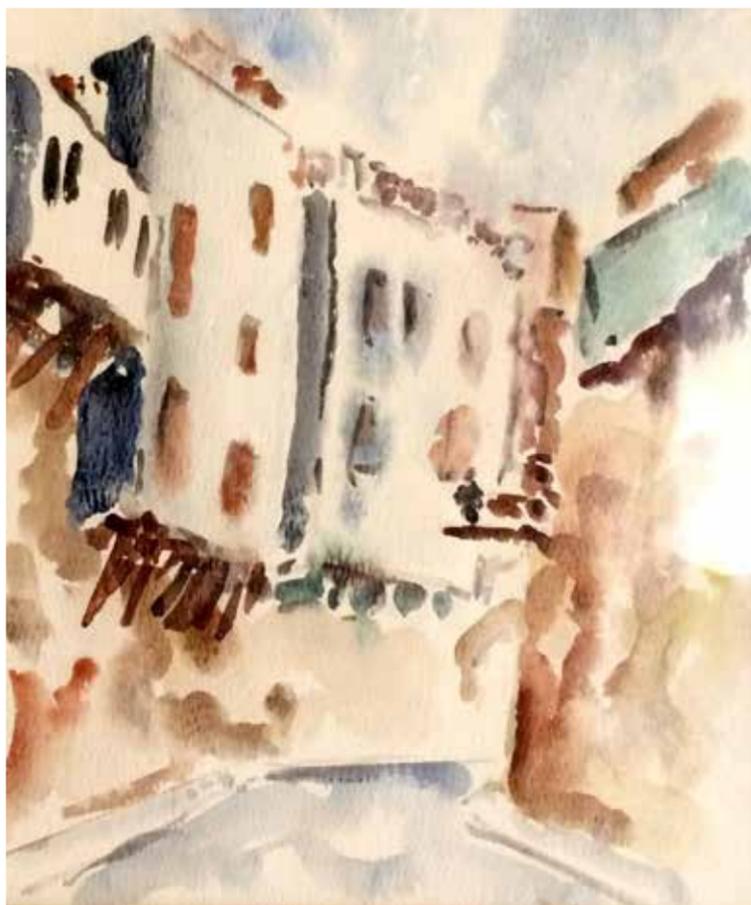
<sup>42</sup> O. Calabrese: *El lenguaje del arte*, p. 186.



# DOSSIER



*Bodegón*, 1961-1965, óleo sobre tela, 40x65 cm,  
col. ALM, fotografía Sofia Gamboa.



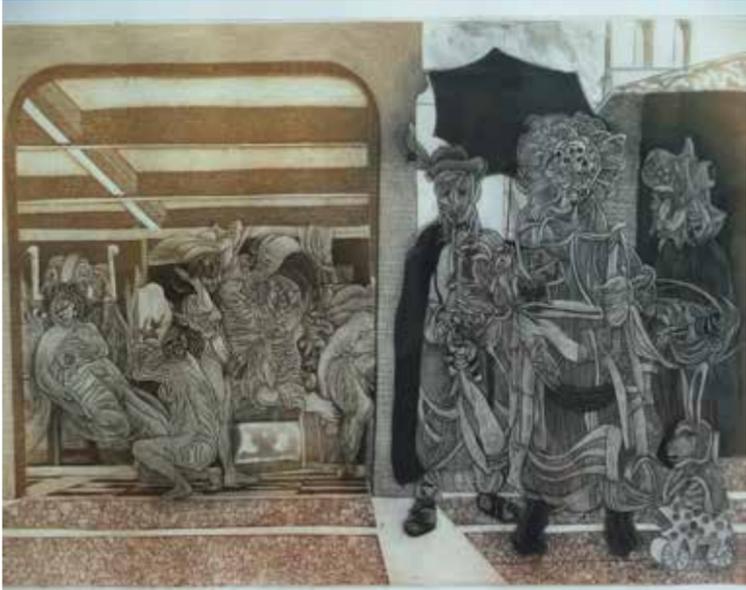
*Subterráneo en Guanajuato*, 1973, acuarela,  
30x25 cm, col. particular, fotografía AALM.



*Señal antigua*, 1979, buril, aguafuerte y colografía,  
64.5x50 cm, col. ALM, fotografía Sofia Gamboa.



*Bodegón*, 1980, encáustica sobre tela,  
76x60 cm, col. particular, fotografía AALM.



*La bienvenida*, 1983, buril, aguafinta y mezzotinta,  
46x30 cm, col. particular, fotografía AALM.



Obra dentro de la serie Las verónicas, 1990, encáustica sobre tela, 60x80 cm, col. particular, fotografía AALM.



*Recuerdos de mi pueblo*, 1994, encáustica sobre lienzo y madera, 100x960 cm, políptico de 4 piezas de 100 x 240 cm cada una, Cafetería Acrópolis, Zacatecas, Zacatecas, México, fotografía AALM.



*Autorretrato*, 1995, óleo sobre tela, 80x60 cm,  
Universidad de Limerick, Irlanda, fotografía AALM.



*Pálido gesto de sombra*, 2008, encáustica sobre tela,  
37x28.5 cm, col. particular, fotografía Sofia Gamboa.



[www.texere.com.mx](http://www.texere.com.mx)

El artista Alfonso López Monreal ha fundado talleres y contribuido a la formación de muchos creadores jóvenes y adultos; su obra comprende óleo, encáustica, grabado, cerámica, escultura y técnicas mixtas de mediano a gran formato, así como piezas públicas de arte urbano, principalmente en México e Irlanda.

*En el umbral del arte* expone el contexto cultural de la formación de López Monreal; estudia las influencias recibidas desde sus primeros acercamientos a la actividad artística en su ciudad natal, Zacatecas, México, su residencia en París y su entrada profesional al mundo del arte internacional en la cuna de las vanguardias a principios del siglo pasado.

En estas páginas, Sofía Gamboa ofrece información sobre su desarrollo personal, profesional e intelectual entre 1953 y 1979, concerniente al estudio de técnicas, estética, historia y teoría del arte; así como las influencias sociales, culturales, ideológicas, políticas y económicas que recibió en México, Estados Unidos de América y Francia; también muestra una selección inédita de obras realizadas en los orígenes de su carrera.



ISBN: 978-607-8710-09-6



9 786078 710096